
Prólogo

*Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias porque me has plasmado portentosamente,
porque son admirables tus obras:
mi alma lo reconoce agradecida (Sal 139,13s)¹.*

El asombro del salmista ante el propio cuerpo le conduce a la alabanza del Creador, quien precisamente se hace presente en el cuerpo; pues lo cuida con su providencia y lo conoce íntimamente. «Profetismo del cuerpo», decía Juan Pablo II. El cuerpo habla de Dios, nos desvela su bondad y sabiduría; y habla también de nosotros, del hombre y de la mujer, de su vocación al amor. Se trata de una palabra profética que el cuerpo pronuncia en nombre de Dios, revelando así un camino que recorrer, camino de plenitud humana. Es la vía del amor; en ella la imagen originaria impresa en el hombre y la mujer puede realizarse, puede brillar en una comunión fecunda de personas, abierta al don de la vida.

Durante siglos, debido al influjo de una mentalidad narcisista transida de tendencias maniqueas y puritanas, se ha

¹ Las citas bíblicas están tomadas de la *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española* (BAC, Madrid 2010).

despreciado el cuerpo humano o, al menos, no se lo ha valorado bastante. Se lo ha mirado con sospecha o inquietud, como si se tratara de una amenaza contra la naturaleza espiritual del hombre y su destino; se ha descuidado o negado su dimensión afectiva o sexual, como si conllevara inevitablemente tentaciones y peligros. Hoy el péndulo parece haber girado a la parte opuesta: es el culto al cuerpo, que lo exalta mientras es joven, bello, fuente de placer, para rechazarlo después cuando testimonia la decadencia inevitable, la enfermedad, la muerte. Más allá de su aparente oposición, ambas visiones comparten en realidad una idéntica perspectiva de lo humano, igualmente obtusa, que hace imposible integrar el cuerpo en la realidad de la persona y, por tanto, valorarlo adecuadamente en su subjetividad. El cuerpo termina así hecho cosa banal, y pierde su apertura al misterio.

Entre los dones más grandes que Juan Pablo II ha dejado en herencia a la Iglesia y a la humanidad está sin duda su «teología del cuerpo». Esta ha permitido redescubrir la riqueza plena de la antropología bíblica y de la gran tradición cristiana, superando visiones reducidas y marginales, para integrarla así en una visión que se armoniza con la experiencia vivida, captada mediante un vivo análisis fenomenológico.

Para valorar adecuadamente el cuerpo hay que cultivar una mirada contemplativa capaz de percibir su misterio en relación con la persona y con su vocación al amor, que encuentra luz definitiva y plenitud en Cristo Resucitado. He aquí, pues, la importancia de este volumen, que no se contenta con un entusiasmo superficial por la novedad de la teología del cuerpo, sino que ilustra sus cimientos antropológicos mediante un lenguaje a la vez simple, poético y profundo.

Los autores de la obra que prologamos han sabido hacer accesible, sin por ello banalizarlo, el contenido de las grandes catequesis de Juan Pablo II sobre el amor humano en el plan divino, pronunciadas entre 1979 y 1984. La contribución de este

libro se concentra en algunas de sus características, que lo hacen original y rico:

- 1) La presentación del contenido esencial de la «teología del cuerpo» se lleva a cabo con la ayuda de la obra poética de Karol Wojtyła, recurriendo también con frecuencia a las grandes obras de la tradición literaria, poética y filosófica; así, además de hacer sugerente la lectura, se permite al lector captar la conexión con sus propias experiencias.
- 2) Se inserta la «teología del cuerpo» de Juan Pablo II en el contexto de la «teología del amor» de Benedicto XVI, y se permite así ampliar el horizonte teológico de la antropología, fundamentándola sobre una visión cristológica y trinitaria.
- 3) Se subraya la dimensión social: la teología del cuerpo ayuda a ver la comunión de personas como constitutiva de un auténtico bien común, que sirve de fundamento a la construcción de la sociedad y hace posible edificar la civilización del amor.
- 4) A través de referencias iluminantes se deja ver el vínculo con la gran tradición patrística y teológica de la Iglesia; la novedad de la «teología del cuerpo» queda así redimensionada en el horizonte de la historia, sin dar lugar a discontinuidades ni contraposiciones. La verdadera novedad del cristianismo no es nunca la ruptura con la tradición, sino más bien la renovada frescura del principio que, en su verdad, se demuestra siempre capaz de despertar maravilla y de llevar la vida a una conversión que la haga más bella.

Estoy seguro de que la lectura de este volumen, de texto ágil y rico, fruto de la reflexión de dos prestigiosos profesores de la sección estadounidense del Pontificio Instituto Juan Pablo II

para el estudio del Matrimonio y la Familia, contribuirá a mostrar la belleza humana de la propuesta cristiana que, a la luz de la fe, es capaz de hacer brillar con luz siempre nueva el amor entre el hombre y la mujer.

MONS. LIVIO MELINA
*Presidente del Pontificio Instituto Juan Pablo II
para el estudio del Matrimonio y la Familia*